VIII.

DESAFIO INGLES.

Angus Mac Farlane y su cuñado Mac-Nab estaban en Lóndres para sostener uno de esos enmarañados procesos que la oscuridad proverbial de las leyes inglesas crea sin cesar, y que un tribunal juzga bien que mal, con ayuda de pesos múltiples y sumamente diversos, entre los cuales debe contarse primero la equidad, despues la casualidad, y luego los favores y las recomendaciones.

Es indudable que nuestra intencion nunca fué acusar de venalidad a la justicia inglesa; sin embargo, es constante que en Londres gana el dinero casi todos los procesos. Que este dinero no pasa inmediatamente al bolsillo de los magistrados, es cosa que no puede negarse. Mas esto importa poco definitivamente. El mal es, que un hombre pobre y sin protectores, no pueda hacer valer los derechos mas evidentes. Notorio y público es que un cierto número de libras esterlinas, hábilmente gastadas, pueden prolongar en Londres un debate judicial mas allá de la duracion comun de la vida humana. El derecho

en estos casos es la cosa ménos importante. ¿Quién piensa en ese caso? La *forma* reina bajo la especie de un magistrado imbécil, y preside a todas las contestaciones. El fondo se vuelve un accesorio y se absorbe en un lujo de formalidades ridículas, de las cuales la mas insignificante agota el bolsillo de un litigante pobre.

Y luego, ¡cosa increible, absurda, irritante! los juicios y sentencia toman fuerza de ley. Todo magistrado procede por via usual.

Nuestra jurisprudencia no es solamente, como en los demas puntos, un repertorio venerable donde bebe el juez inspiraciones y consejos, un guia respetado, cuyas decisiones tienen un gran peso en la balanza; pero que pueden en rigor ser discutidas, modificadas, desechadas Nuestra jurisprudencia es una recopilacion de las leyes particulares, perfectamente obligatorias en sus innumerables contradicciones. En ella están imperiosamente impuestos y prohibidos el pro y el contra. Todo se encuentra allí, lo incontestable como lo estravagante; y en medio de ese laberinto, la conciencia del juez flota irresoluta, miéntras que su espíritu indeciso mastica una sentencia que pasará a ser ley a su turno y aumentarà el indigesto monton de nuestro batiburrillo legal.

Largo tiempo ha que eminentes ingenios tienen decidido limpiar un dia esos pecebres de Augias. Lord Borougham ha pronunciado muchas veces sobre esta materia enérgicas palabras; pero apostariamos a que llegará el fin del mundo antes que nuestro famoso código nacional sea constituido.

A la menor tentativa, habria una insurreccion de abogados, de sollicitors, de atorneys, de hugieres, de escribanos, de maceros. Las togas negras y las pelucas blancas bajarian a la plaza pública, y la estimable corporacion de

pasantes de abogados pegaria fuego a Londres por los cuatro àngulos.

Tratàbase en el proceso de Angus Mac-Farlane, ó mas bien de su padre, el arrendador de Leed, de una vasta estension de terrenos, disputada por uno de los jueces de paz del condado de Dumfries. ¡Fatal circunstancia! ¡Un juez de paz!

Mac-Farlane, cuya familia habia poseido siempre aquellas tierras que componian casi toda su fortuna, no habia querido ceder, como es natural, sin combatir. El juez de paz era rico y estaba agarrado a buenas aldabas. Angus y Mac-Nab habian sido enviados a Londres, para seguir activamente los intereses de la familia.

Segun Angus, no habia mas que presentarse delante del juez y esponerle los derechos incontestables que le asistian; pero Mac-Nab, acostumbrado como abogado a las tortuosas vias del procedimiento escoces (pues debemos decir que con respecto a las tinieblas, a los lazos y a la mala fé, los abogados de Londres no pueden competir con los de Glasgow y Edimburgo), Mac-Nab quiso procurarse un apoyo y empezar la lucha de un modo mas igual. Relaciones antiguas de familia le abrieron la casa del anciano conde de White-Manor, digno y escelente señor en todos conceptos. Mac-Nab le hizo interesarse por su causa, y el conde se dignó concederle su alta proteccion.

Cosa natural era que aceptase en cambio el honor de ser visitado algunas veces por el primogénito de S. S.

Godfrey de Lancester se presentaba así bajo los auspicios de Mac-Nab. Angus no le recibia con gusto, y María esperimentaba al verle una especie de instintiva aversion.

El honorable Godfrey tenia entónces de treinta a treinta y cinco años. Su figura, bastante hermosa, pero encarnada así por la costumbre de los licores fuertes, como por el efecto de un temperamento sanguíneo al esceso, ofrecia los caracteres distintos del tipo sajon, reproducido con una energía casi brutal. Leíase el egoismo en grandes letras sobre sus facciones escarlatas, dejàndose ver la violencia bajo la cubierta compasada que la flema británica pone uniformemente en todas las fisonomías.

Angus creia que el honorable Godfrey estaba enamorado de su hermana María; Mac-Nab sostenia lo contrario.

En cuanto a Fergus, contaba con las simpatías de Angus y el amor de María.

Aquella posicion no podia prolongarse sin que se hablase de casamiento. Mac-Nab, en cuanto tuvo conocimiento de las instenciones del jóven irlandes, se opuso a ellas con todas sus fuerzas; pero María abrazó tiernamonte a su hermano que juró se haria el matrimonio.

Fergus y María se vieron desde aquel dia como dos novios.

Habia entre Fergus y el honorable Godfrey de Lancester una antipatia natural, que se manifestaba por parte del primero en un desdeñoso silencio, y por parte del caballero en provocadoras miradas y movimiento de ódio apenas disimulados. Con frecuencia se encontraban en casa de Angus, pero O'Breane habia tomado la costumbre de ceder el puesto, y se retiraba en cuanto veia al heredero del lord, por lo que se habia evitado hasta entónces un escándalo.

Al otro dia del en que se habia decidido el casamiento, la familia Mac-Farlane debia salir para Escocia, a donde la llamaba momentàneamente la marcha del proceso;

Fergus estaba solo en la sala esperando a Mac-Farlane. Antes de que este último llegase, entró el honorable Godfrey de Lancester, cuya cara en desórden anunciaba una violenta cólera dispuesta a estallar. Fergus, segun su costumbre, tomó su sombrero y se dirigió en silencio hácia la puerta.

—¡El demonio me abrase! murmuró brutalmente Godfrey, ese palurdo tiene por lo ménos el talento de tomar la puerta sin esperar que se lo digan.

Fergus se detuvo y concentró su mirada en Lancester, que tomó posesion de un divan y cruzó sus piernas con una altaneria afectada.

—Probablemente es de mí de quien hablais, caballero, dijo Fergus.

—Podria ser muy bien, jóven, replicó Godfrey.

Las mejillas de Fergus se animaron; pero no perdió su calma.

—Caballero, dijo de nuevo, segun comienza esta conversacion, me parece que seria mejor continuarla fuera de aquí....

Godfrey se encogió de hombros sin dejar su posicion.

—Pues supongo, prosiguió Fergus, y espero que no habrá otra cosa que cobardía detras de vuestra insolencia.

—¡Vamos! dijo Lancester, que se levantó sonriéndose. Vamos a donde querais.

Fergus salió primero y despues Lancester abotonándose con presteza su frac.

Al bajar a la calle quiso Fergus tomar la palabra.

—¡Mas lèjos! dijo Lancester que volvió el ángulo de Shorts-Gardens y entró en Belton-Street.

Fergus le siguió a su turno. Godfrey dejó la acera y fué a colocarse en medio de la calle. Entónces era todavía un hombre muy robusto, y la posicion que tomó, bien conocida en Londres, donde el pugilato es una ciencia popular a la par que aristocrática, realzó mucho las vigorosas proporciones de su cuerpo.

No habia en la calle mas que raros transeuntes, que seguian las aceras con las manos en sus bolsillos y ojo alerta, cual conviene a personas versadas en el arte de andar en público y que no quieren recibir veinte codazos por minuto.

—¡Vamos, señor mio! dijo Godfrey con un tono provocador, si quereis continuar aquí nuestra conversacion, comencemos.

—Quiero ante todo, replicó Fergus avanzando, ecsigir una satisfaccion por vuestra brutal insolencia.

—¡Corriente! Voy a dàrosla.... y mucho me he de engañar si volveis a pedirme otra.... Procedamos por órden: primero, vos amais a miss Mac-Farlane y eso no me conviene.... En segundo lugar, creo que miss Mac-Farlane os ama.... Por último, me han dicho que vais a casaros con ella.

—Es verdad, respondió Fergus.

—No será así.... porque ántes os abriré la cabeza.

—¡Caballero, caballero! esclamó O'Breane, cuya cabeza se calentaba; mi paciencia se acaba y os habeis de arrepentir.... No pudo concluir, por tirarlo con violencia de espaldas un puñetazo que el caballero le dió en medio del pecho.

El honorable Godfrey de Lancester era el mejor discípulo del famoso Holmes, de Covent-Garden, que tuvo por espacio de un cuarto de siglo el cetro del *ring* en Londres, y cuyo retrato de cuerpo entero se ve aún en todas las public-houses donde se reunen los pugiladores.

Godfrey se puso en guardia en seguida y se sonrió con satisfaccion.

Los transeuntes se pararon a ambos lados de la calle en la acera. Un *boxing* en dia de barro es un espectáculo cada dia raro ver, y cuyo encanto gustan los cokneys cada dia mas.

Fergus se levantó aturdido, furioso, y sin calcular su ataque, ni tomar mas precauciones que la vez primera, lanzòse de nuevo.

El brazo de Godfrey, vuelto a la altura del ojo, se desplegó otra vez, y otra vez rodó Fergus por el empedrado, donde quedó algunos segundos inmóbil y como atontado.

Inútil es decir que nadie se apresuró a socorrerle. Algunos lacónicos diàlogos corrian solo en la concurrencia que aumentaba en la acera que invadia ya la calle.

—Felices, señor Hudson....¿Cómo va?.... Pobre mozalvete, como le tratan.... ¿está buena vuestra lady?....

—Buenos dias, señor Sinclair.... buen golpe.... Mucho tiempo se ha de resentir el jóven.... ¿cómo está vuestra lady?....

—Lo cierto es que no quiere mas, a lo que se vé.... está como muerto.

Hubo algunos aplausos. El golpe fué bueno. Al tratar así Godfrey, atleta sublime, a un hombre que desconocia enteramente el arte del pugilato, no cabe duda que abusaba de su ventaja y obraba tan cobardemente como un soldado bien armado que pasase con su espada a un enemigo desarmado; pero en Londres, nunca, lo repetirémos bastante, no se reconocia así. Para esto falta a todos el sentido de la generosidad. Ser el mas fuerte es el verdadero honor: ser el mas rico, la verdadera gloria.

A tal estremo, que seria dificil señalar el punto preciso

donde comienzan las susceptibilidades de nuestros gentlemen. En la Cámara baja, un diputado trata a su colega de mentecato, y le dice que Roberto Peel le hace marchar a latigazos. El colega encuentra esto muy natural, y responde al preopinante tratándole de bellaco y acusándole de haber limpiado las botas de John Russell. ¡Y la Cámara rie!

En una palabra, los institutos caballerescos nos son casi tan desconocidos como a los mismos americanos.

El golpe era bueno, ¿qué importaba lo demas? ¿No pisoteando Godfrey en el pecho a su vencido, no obraba con bastante grandeza de alma?

Sin embargo, los señores Hodson y Sinclair se engañaban. Fergus no estaba aún satisfecho, pues al cabo de algunos segundos de inmobilidad volvió a levantarse. Su cara estaba lívida, y en medio de aquella palidez despedian sus ojos un fuego sombrío.

No se precipitó como antes furioso contra su adversario; midiole un instante con su mirada y fué hácia él con paso lento, los brazos tendidos, el cuerpo y la cara descubierta completamente.

Un estremecimiento de curiosidad corrió en la concurrencia, y cada cual se arregló en términos de ver mejor y de no perder nada del desenlace, pues era evidente para todos que el atleta podia elegir una parte vulnerable. Debia esperarse la muerte del infeliz.

La mirada de Godfrey se clavó en efecto en el punto donde cede el pecho y se hunde para reunirse con el estómago.

Fergus continuaba hácia él. Godfrey apuntó y atacó con toda su fuerza. Uno de sus puños hundió el pecho de Fergus, que despidió un sonido hueco, miéntras que el